

LA COMPASION

Alexander F. Skutch

Si se me pide que elija el día más importante de la historia del mundo, no vacilaría en designar el día en el cual por primera vez un animal, de cualquier clase, reprimió su apetito, o dominó su pasión, o se negó a sí mismo algún placer, en consideración a los sentimientos de alguna otra criatura, pues en ese día nació la compasión, y la moral reflexiva empezó a surgir de la moral no reflexiva que existe en el mundo y en la vida. Pero la historia escrita, que cuenta tantos acontecimientos espectaculares pero triviales, deja pasar en silencio los hechos realmente importantes en el desarrollo de la vida y del hombre. En verdad, puesto que estos sucesos importantes son casi siempre el producto de un crecimiento imperceptible, no sería posible, aun a la luz del más completo conocimiento, señalarlos con la precisión de algún ruidoso suceso tal como una batalla o el asesinato de un tirano.

Ignoramos igualmente la fecha en que por primera vez un animal deliberadamente se negó alguna satisfacción inmediata a fin de obtener una ventaja futura, dando así origen a esa otra gran rama del esfuerzo moral, el interés por el propio perfeccionamiento. Podemos estar seguros, a través de numerosas observaciones, que muchas criaturas, aun aquellas bajas en la escala de la vida animal, se alejan de un alimento apetitoso cuando el comer más sería dañino a su salud, o fuerzan los cansados miembros para continuar alguna actividad necesaria, renunciando por lo tanto ejercer la temperancia y la fortaleza; pero no sabemos si están gobernados en estos momentos por una presciencia o por simples presiones orgánicas ciegas, ya sea que presenciemos la operación de la moral reflexiva o de la moral inconsciente de la cual surgió. Como tampoco si la consideración de los sentimientos de otra criatura precedió al pensamiento del propio bienestar futuro del animal, o si fue a la inversa, si la parte altruista de la ética es de anterior aparición a la parte egoísta. Puesto que es más fácil para una inteligencia que comienza a despertar el suponer los sentimientos actuales de algún otro ser que anticipar inmediatamente delante de sí, que el representarse su propio estado futuro, es altamente probable que la compasión preceda a la prudencia, posiblemente en muchas generaciones. Los estudios de la infancia dejan poca duda de que el niño es capaz de responder con simpatía mucho antes de que haya alguna razón para suponer que puede prever las consecuencias para sí mismo de su propia conducta. De aquí que es probable que la moral reflexiva naciera con el primer ejemplo de auto dominio en consideración a los sentimientos de otro ser.

Sutherland estaba sin duda en lo cierto al derivar la simpatía y la compasión de las actividades paternas (1). En el pájaro que, aunque hambriento, colo-

ALEXANDER SUTHERLAND, *The Origin and Growth of the Moral Instinct*, Longmans, Green, and Co., London, 1898.

ca en los picos abiertos de sus crías el alimento con su propio pico, y que su propio cuerpo protege a sus pequeñuelos del frío, de la lluvia y del sol, tenemos el verdadero símbolo del altruismo y de la compasión. Y tales actos de naturaleza no están de ninguna manera limitados a sus propias crías; pues no pocas veces un pájaro protege de la misma manera cuidadosa la cría de otros pájaros tal vez de distinta especie. Desafortunadamente, no sabemos, y no tenemos los medios para descubrirlo, si el pájaro u otro animal actúa simplemente por una conformidad con mecanismos innatos, o si responde con simpatía a los pequeños indefensos. De aquí que no podamos estar seguros si en estos casos tenemos una verdadera moral o moral irreflexiva. Esto no es una simple distinción pedante, pues la conciencia de los fines, el conocimiento de por qué y para qué propósito actúa, es indispensable para ese crecimiento continuo en alcance y poder que es característico de la verdadera moralidad.

De la misma manera es difícil saber hasta dónde los sentimientos como los pasivos están en la raíz de todas las restricciones y gestos pintorescos que marcan las actuaciones de los hombres primitivos con la vida que los rodea. Cuando los Toboongkoos de las Célebes construyen y abastecen una pequeña residencia por los espíritus de los árboles, a los cuales deben despojar de sus mansiones originales cuando limpian un terreno del bosque para plantar su arroz, ¿es la simpatía o el miedo a la represalia sobrenatural el motivo de este acto de piedad natural? También, cuando los habitantes de la Isla de Santa María en el Océano Índico piden perdón a la ballena madre por privarla de su prole que ellos necesitan para alimento, ¿están movidos por la compasión o por el temor al proferir esas expresiones de simpatía? (3). Cuando recordamos la odiosa crueldad con la que los hombres del mismo nivel cultural tratan a sus enemigos, y aun la dureza de los ritos de iniciación que sus jóvenes deben con frecuencia sufrir, podemos sospechar que el temor a la represalia de los espíritus de los animales sacrificados, o de los árboles caídos, o el interés por la continuada abundancia de los animales que sustentan su economía, más bien que la simpatía por las criaturas que destruyeron para conservar sus propias vidas, está en la raíz de todas estas prácticas conmovedoras. Más probablemente, en los sentimientos de los hombres primitivos, como en sus instituciones, hay mezclados en confusión difícilmente diferenciable un número de elementos que sólo en un estadio de cultura posterior estarán separados y en contraste, como la compasión y la prudencia, la simpatía y el temor.

Podemos, sin embargo, estar seguros de que en un período relativamente temprano en la génesis de la civilización, la verdadera compasión empezó a ejercer una influencia poderosa en la conducta humana. Se cuenta de Neminatha, el vigésimosegundo *tirtbankara* o gran maestro de los jainistas que, de camino a su fiesta de bodas, fue movido tan fuertemente por la compasión hacia todos los animales conducidos a los sacrificios nupciales, que bruscamente abandonó la procesión y pronto renunció al mundo para seguir una vida religiosa. Si este suceso es en realidad histórico, podría haber ocurrido unos mil años antes de la era cristiana, si no antes. No hay duda de que el motivo que llevó a Neminatha a la renuncia había adquirido gran fuerza en las religiones de la India hacia el siglo IV antes de Cristo, y había afectado profundamente las enseñanzas de Mahavira.

(2) SIR JAMES GEORGE FRAZER, *The Golden Bough*, IX

(3) *Op. cit.*, LIII.

el vigésimocuarto y el más joven contemporáneos semejantes vivo y afirmativo de frente que en el con piragóricas y neo-platónicas aunque más estrechamente y en las Esc

POR QUE LOS SA

Entre la "compasión" sugiere una utilidad que no desdén por el que el mundo o tontería. Si el afecto que esta sentimos infelices por sentir dolor a la vida de compartir por su vida la moralidad moderna civilización en ambujan a este ser se habían mostrado de esta sorprenden Kant, quienes, a mantenían un igual mucho de cierto, ad

Si la compasión, como nosotros de la prudencia o el dolor asignado a la benevolencia o de que demanda una cubrir las debilidad hundado en encontr la razón para la maestros de religión Desde un místico de la moda un extremado forma compleja naturaleza: ando, a mantener l pesar de sus n las cuales los homl

(4) NIETZSCHE, J.

o pico, y que con
via y del sol, te-
tales actos de ter-
is; pues no pocas
a de otros padres,
y no tenemos los
plemente por ciega
a los pequeñuelos
stos casos tenemos
ción pedante, pues
qué propósito uno
e y poder que es

sentimientos com-
orescos que marcan
rodea. Cuando los
ña residencia para
nansiones originales
s la simpatía o el
edad natural? (2)
el Océano Indico
que ellos necesitan
r al proferir estas
uedad con la cual
la dureza de los
ir, podemos sospe-
tales sacrificados o
ia de los animales
riaturas que deben
odas estas prácticas
res primitivos, como
iferenciable un nu-
estarán separados
el temor.

eríodo relativamente
n empezó a ejercer
Neminatha, el vige-
camino a su fiesta
todos los animales
ó la procesión, y
suceso es en ver-
e la era cristiana
atha a la renuncia-
hacia el siglo V
nzas de Mahavira

igésimocuarto y último *tirthankara* jainista, no menos que las de su más conocido
más joven contemporáneo, Gautama Buda. En China, por el mismo período, sen-
mentos semejantes eran activos en el taoísmo medio. En el Occidente, más agre-
y afirmativo de sí mismo, la compasión nunca ejerció la misma influencia pene-
ante que en el contemplativo Oriente; sin embargo, fue fuerte en las tradiciones
gógicas y neo-platónicas, penetró en el pensamiento del bondadoso Plutarco y,
que más estrechamente centrada en la humanidad, aparece en los dramas de Eurí-
des y en las Escrituras Cristianas, especialmente en las Epístolas de San Pedro.

¿POR QUÉ LOS SABIOS MENOSPRECIARON LA LASTIMA.

Entre la compasión y la lástima la distinción es sutil. La palabra "com-
pasión" sugiere una actitud de inmediato más tiernamente comprensiva y más ac-
tivamente útil que la de "lástima", la cual a menudo está teñida de desprecio
y desdén por el que sufre, cuyas desgracias son quizás debidas a su propia ine-
ptitud o tontería. Sin embargo, por cualquier nombre que lo designemos, la raíz
del afecto que estamos ahora considerando es la susceptibilidad simpática de sen-
tirse infelices por la contemplación de la desgracia de otros seres conscientes, de
sentir dolor a la vista del dolor, lo cual es la otra modalidad de nuestra capacidad
de compartir por simpatía la felicidad de los que nos rodean. Nietzsche, que mi-
ra la moralidad de la lástima como "el síntoma más siniestro de nuestra mo-
derna civilización europea", señalaba que el alto valor que los modernos filósofos
atribuyen a este sentimiento era un nuevo desarrollo, pues los pensadores anteriores
habían mostrado unánimes en cuanto a la inutilidad de la lástima. En apoyo
de esta sorprendente afirmación citaba a Platón, Spinoza, La Rochefoucauld, y
Montaigne, quienes, a pesar de sus grandes diferencias de temperamentos y doctrinas,
tenían un igual desprecio por la lástima. En esta denuncia de la lástima hay
algo de cierto, adornada con la exageración e invectiva características de Nietzsche. (4)

Si la compasión, la lástima, y los sentimientos que se relacionan con éstas
son, como nosotros afirmamos, la raíz de toda la moral del altruismo, opuestas a la
prudencia o interés propio a largo plazo, ¿cómo vamos a explicar el escaso
interés asignado a la compasión aun por pensadores que ciertamente no carecían de
voluntad o de interés por el bienestar de los demás? He aquí una paradoja
que demanda una explicación, una explicación que Nietzsche, tan agudo en des-
cubrir las debilidades e inconsistencias de la doctrina que él despreciaba, tañ des-
cubrió en encontrar las fuentes de sus defectos, falló en proporcionarnos. Pero
la razón para la condena de la lástima, no sólo por filósofos sino también por
los otros de religiones, no es difícil de descubrir.

Desde un temprano período hasta la época en la cual el movimiento ro-
mántico de la moderna Europa, empezando como una saludable revuelta contra
el extremo formalismo, rompió los límites y exaltó aquellos aspectos de nuestra
vida natural que la sabiduría acumulada por la humanidad nos ha ense-
ñado a mantener bajo rígido dominio, los grandes sistemas de la cultura espiritual,
que de sus muy diversas bases metafísicas, eran sobre todo disciplinas por
las cuales los hombres pudieran levantarse por cima de los accidentes de la fortuna.